LIBRO dot.com

Robin Hood

Anónimo



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ROBIN HOOD

CAPÍTULO UNO
NORMANDOS Y SAJONES

Hace cientos de años, los vikingos realizaron continuas campañas de conquista por toda Europa.

Estos audaces guerreros -daneses, noruegos o suecos-, tuvieron atemorizado a medio mundo durante tres siglos.

Sus aventuras parecían no tener límites geográficos: Alemania, Francia, España, Portugal o Rusia fueron visitados por los feroces vikingos.

Su ansia de expansión, apoyada en una gran preparación militar, les llevó a emprender arriesgadas expediciones por mares y ríos.

Las poderosas embarcaciones con las que contaban, únicas en la época, y su extraordinaria pericia como navegantes les permitían arribar a cualquier costa y penetrar por cualquier río. Su superioridad naval se hizo incontestable.

Adquirieron una gran experiencia en los ataques por sorpresa, y sus terribles y sangrientos saqueos llegaron a ser tristemente célebres en toda Europa.

Uno de estos pueblos vikingos, asentado desde hacía años en Normandía, emprendió la invasión de la vecina Inglaterra.

Este país, no muy lejano de las costas normandas, resultaba muy vulnerable por mar. La longitud de su litoral no permitía ni una vigilancia completa, ni una concentración rápida de las tropas para rechazar un desembarco.

Todo esto no pasó inadvertido a los ojos del duque normando Guillermo que, movido por su ambición y deseo de gloria, decidió preparar a conciencia el ataque a la isla.

-¡Venceremos a los sajones! -arengaba Guillermo a sus tropas-. Con la conquista de Inglaterra, nuestro poder se extenderá a otros reinos.

-¡Viva el duque Guillermo! -gritaban exaltados los caballeros normandos.

Guillermo de Normandía, animado por el apoyo de los suyos, continuó diciendo:

-Los sajones vencieron a nuestros antepasados muchas veces. Fueron más fuertes, más decididos, más inteligentes... Pero ahora no lo serán. Ha llegado por fin nuestro momento y. . . ¡ha llegado su hora!

Los aplausos y los vivas al duque Guillermo cesaron al acabar aquella multitudinaria reunión. Pero el fervor y la entrega de su ejército lo acompañarían de forma permanente durante toda la expedición.

Meses después, las naves capitaneadas por el duque Guillermo eran avistadas en las costas inglesas.

-Señor, se acercan barcos normandos -comunicó un vigía al monarca sajón.

Los sajones no estaban preparados para competir contra un peligro que procedía del mar.

-¡Disponed todas las fuerzas posibles en tierra! -ordenó el rey inglés-. Debemos evitar el desembarco.

Una pequeña guarnición intentó impedir que los normandos tomaran tierra. Pero no lo consiguió.

Así, Guillermo de Normandía desembarcó en las costas inglesas, y con sus valerosos guerreros avanzó hacia el interior.

Los sajones, en clara inferioridad numérica, se habían visto obligados a improvisar la decisiva batalla en Hastings. Poco duró el combate. El soberano inglés cayó mortalmente herido y el ejército sajón se rindió incondicionalmente.

Las tropas del duque Guillermo siguieron avanzando hasta Londres, donde se libró una última batalla con la que desapareció la débil resistencia sajona. La expedición normanda había sido un rotundo éxito.

En recuerdo de su victoria, el ya nuevo rey de Inglaterra, Guillermo I el Conquistador, tras ser coronado, mandó construir la célebre torre de Londres. Esta torre serviría de cárcel para numerosos y destacados personajes a lo largo de muchos años de la historia inglesa.

Guillermo I, tras su victoria, dedicó sus esfuerzos a pacificar el país, y tomó algunas medidas para proteger a los sajones.

-Os aconsejo prudencia -recomendaba el rey a sus nobles-. Debemos ser respetuosos con los vencidos. Sólo así conseguiremos la prosperidad en todas nuestras tierras. Sólo así lograremos una pacífica convivencia.

Desgraciadamente, no todos los seguidores del rey Guillermo pensaban como él.

Aprovechando una larga estancia del rey Guillermo en sus posesiones de Francia, los nobles normandos, llevados por su soberbia y ambición, no cesaron de causar humillaciones a los derrotados. Las cargas tributarias se hicieron cada vez más angustiosas, insoportables para los pobres súbditos.

Los sajones se sublevaron en masa contra los opresores. Campesinos, artesanos y nobles unieron sus esfuerzos contra el enemigo común: los normandos.

-¡Ya está bien! -decía indignado un caballero sajón-. No podemos seguir tolerando las injusticias de los normandos. Quieren hacer de nosotros sus esclavos.

-¡Debemos combatirlos y ser capaces de librarnos de ellos para siempre!

-¡Hay que quitarles el poder! ¡Tenemos que ser gobernados por un rey sajón!

El rey Guillermo, que había estado ausente de Inglaterra, encontró a su vuelta un país levantado en armas.

Los sajones se mostraban más rebeldes de lo que en un principio se podía suponer.

Los nobles normandos decían a su rey:

-Señor, llevado por vuestra bondad y magnanimidad, habéis tratado demasiado bien a los sajones. Mirad cómo os lo agradecen.

-Majestad, habéis respetado a vuestros súbditos, no les habéis expropiado sus tierras y, en cambio, ellos se sublevan contra vos. Son unos desagradecidos.

El rey Guillermo, ajeno a los desmanes de sus nobles y desconociendo las razones por las que sus súbditos sajones se rebelaban contra él, creyó las acusaciones de sus barones.

-Caballeros, creí que los ánimos se apaciguarían. Creí que, poco a poco, los sajones olvidarían la derrota de Hastings y acabarían aceptándonos. Ahora creo que no lo harán nunca -dijo el rey en tono de lamento.

Así, tomó la decisión de actuar de inmediato y con contundencia contra los sajones.

Despojó a muchos nobles de sus posesiones bajo acusación de haber promovido o respaldado la rebelión, y aplastó cruelmente a los rebeldes.

Pese a todo, los sajones continuaron organizándose. Crearon un verdadero ejército clandestino que, en forma de guerrilla, hostigaba sin tregua a los normandos. Los focos de resistencia contra los colonizadores se hicieron constantes.

La anhelada paz en Inglaterra se veía cada vez más lejana, y los normandos, aun ricos y poderosos, no podían vivir tranquilos a causa de las frecuentes insurrecciones de los sajones.

Murió Guillermo I el Conquistador en guerra contra Francia y sus inmediatos sucesores, durante años y años, tampoco conseguirían apaciguar Inglaterra.

La desconfianza de los sajones hacia los normandos estaba ya tan arraigada que se había convertido en un obstáculo insalvable entre los dos pueblos.

Los planes de pacificación de los distintos reyes fallaban estrepitosamente y las revueltas continuaban. Éstas eran contestadas con absoluta represión. Lo que daba lugar a nuevos enfrentamientos, cada vez más sangrientos. La espiral de violencia parecía no tener fin.

El rey Enrique de Plantagenet, nieto de Guillermo I, subió al trono y se propuso, como principal objetivo de su reinado, acabar con aquellas luchas sin sentido.

Para este propósito, pensó que debía atraerse, en primer lugar, a algunos influyentes nobles sajones. Para conseguirlo,, no escatimó tiempo y esfuerzo el ilusionado rey.

CAPÍTULO DOS

DOS NOBLES FAMILIAS SAJONAS

En un majestuoso castillo cercano a la bulliciosa ciudad de Nottingham vivía Edward Fitzwalter, conde de Sherwood, y su esposa Alicia de Nhoridon.

Los dos eran sajones. El matrimonio mantenía escasas relaciones sociales y permanecía alejado de las intrigas de la época.

El conde de Sherwood no había participado en ninguna sublevación contra los normandos y éstos, aun de mala gana, se habían visto obligados a respetar al conde y sus posesiones. Aunque no fue atacado nunca frontalmente, Edward Fitzwalter tampoco era mirado con buenos ojos por la nobleza normanda, en la que existía cierto recelo.

Dentro de los planes apaciguadores que llevaba acariciando durante largo tiempo el rey Enrique de Plantagenet, entraba precisamente ganarse la confianza del noble sajón Edward Fitzwalter

-Hablaré con Edward Fitzwalter -comunicó el rey Enrique a uno de sus más estrechos colaboradores---. Si consigo la adhesión del conde, tal vez otros nobles sajones lo secunden y poco a poco logremos el respaldo de todos. ¿Qué pensáis?

-Es una buena idea, señor -contestó el barón normando a su rey---. El conde de Sherwood goza de gran respeto entre la nobleza sajona. Respeto sin duda merecido, ya que es todo un caballero. La mayoría de los normandos comparten también esta opinión.

El rey Enrique de Plantagenet deseaba con sinceridad que finalizaran los enfrentamientos entre sajones y normandos, y centró sus esfuerzos en conseguirlo.

Así, pocos días después de esta conversación, fue a reunirse con el conde de Sherwood. Le tendió su mano y de sus labios salieron algunas promesas impensables en años anteriores.

-Señor, os agradezco la confianza que habéis depositado en mí -contestó el conde,

-Entonces, conde de Sherwood, ¿puedo contar de verdad con vos ? -preguntó el rey con impaciencia,

-Majestad, no dudo de que os guían buenos deseos y de que sois sensible al sufrimiento del pueblo sajón -comenzó a decir el conde-. Pero vuestras promesas no son suficientes para paliar los daños que vuestro pueblo ha causado al mío...

-Pero es necesario que todos hagamos el esfuerzo de salvar nuestras diferencias, conde de Sherwood. La batalla de Hastings pertenece ya al pasado.

-Es cierto, señor Pero es pronto aún para confiar en vos. Es posible que sean nuestros hijos los que vivan la reconciliación entre nuestros pueblos, los que puedan vivir en paz.

-¿Tenéis hijos, conde? -preguntó el rey asintiendo.

-Espero uno, majestad.

-Conde de Sherwood, os prometo que haré cuanto pueda por acabar con los problemas del pueblo sajón, que intentaré borrar los errores de mis antepasados y que me esforzaré por apaciguar esta tierra.

-Por mi parte, majestad -contestó el conde-, os aseguro que no participaré en ningún levantamiento contra vos. Actuaré como he venido haciéndolo hasta ahora. Pero tampoco conseguiréis mi adhesión hasta que no exista una completa igualdad entre sajones y normandos.

El rey Enrique y el conde de Sherwood estrecharon sus manos y se despidieron amistosamente.

No mucho tiempo después, Edward Fitzwalter tuvo ocasión de comprobar que los buenos propósitos del rey Enrique quedaban olvidados ante una nueva revuelta sajona.

La sublevación fue castigada con terrible dureza. Sajones y normandos seguían siendo enemigos irreconciliables.

En esta triste situación vino al mundo el heredero del conde de Sherwood.

La alegría reinaba en todos los rincones del castillo del conde. Amigos y vecinos acudieron a conocer al pequeño recién nacido.

Un precioso niño había venido al mundo para felicidad de Alicia de Nhoridon y Edward Fitzwalter, sus padres.

-Se llamará Robert -dijo el conde a todos los presentes sin disimular su alegría-. Será un valeroso sajón y confío en que le toque vivir tiempos mejores.

-¡Ojalá pueda ser más feliz que nosotros! -dijo levantando su copa uno de los allí reunidos.

Y todos brindaron porque así fuera.

El conde de Sherwood era íntimo amigo del también noble sajón Richard At Lea, conde de Sulrey. Y éste y su esposa tuvieron, no mucho tiempo después, una preciosa niña, a la que pusieron por nombre Mariana.

Los dos nobles sajones se reunían con frecuencia y mantenían interminables conversaciones sobre la compleja situación del reino.

-Las sublevaciones no cesan, querido amigo -dijo Richard At Lea-. Pero el poder normando permanece inalterable a lo largo de los años.

-Sí, Richard, nuestro pueblo está extenuado por las luchas y por las humillaciones de los barones normandos. Los reyes intentan apaciguar esta tierra, pero fracasan. No son capaces de contrarrestar el poder de sus nobles.

-Y mientras tanto, ¿por qué luchamos ya los sajones, después de tanto tiempo? Todo parece ser una locura colectiva que no tiene fin. . .

-Ojalá Inglaterra tenga pronto un rey poderoso y justo que haga posible la igualdad entre sajones y normandos -contestó con tristeza Edward Fitzwalter

Pero los dos nobles sajones también aprovechaban su compañía para sonar, al calor de la chimenea de uno a otro castillo. El sueño que compartían era que Robert y Mariana, llegado el momento, se unieran en matrimonio.

-Nuestra amistad, conde de Sulrey, quedaría coronada por la unión de nuestros hijos.

-Nada me agradaría más, Edward, que emparentar con vos. Y estoy seguro además de que mi hija sería muy feliz con Robert.

Pasaron unos años y murió el rey Enrique de Plantagenet.

Pocos meses antes, el conde de Sherwood había perdido a su querida esposa Alicia. La única satisfacción de Edward Fitzwalter era tener cerca a su hijo Robin, como le llamaban todos cariñosamente, convertido ya en un apuesto joven.

-¿Qué pasará ahora, padre, que el rey ha muerto? -preguntó Robin ante la reciente noticia.

-Subirá al trono su hijo Ricardo, Robin.

-¿Será un buen rey? ¿Lo conoces? -preguntaba con avidez Robin.

-Lo conozco poco, hijo. Pero deseo que consiga hacer de Inglaterra un gran reino en el que se viva en paz.

CAPÍTULO TRES

UN NUEVO REY:
RICARDO CORAZON DE LEON

Como estaba previsto, tras la muerte del rey Enrique de Plantagenet subió al trono su hijo mayor, Ricardo I, conocido con el sobrenombre de Corazón de León por su nobleza y valentía.

El nuevo rey era muy sensible a la miseria en la que vivían los súbditos sajones. Conocía también los intentos que sus antepasados y, en especial, su padre, habían hecho por cambiar esa situación, sin conseguirlo. Pero él estaba decidido a dar un giro definitivo al curso de los hechos. Deseaba ser el rey de un país en el que, de una vez por todas, no existieran ni vencedores ni vencidos.

-Debemos construir una nueva Inglaterra. Pacífica, respetada en el exterior, poderosa... -decía ilusionado el nuevo rey---. Para ello se necesita la colaboración de todos por igual: sajones y normandos, nobles y plebeyos. Todos tendrán un lugar en el nuevo reino.

El rey Ricardo empezó a captar muy pronto la confianza de sus súbditos, ya fueran sajones o normandos. Entre sus más entusiastas seguidores estaban su esposa Berengaria; lady Edith Plantagenet, su prima, y la reina madre, Leonor

Entre las primeras medidas que tomó Ricardo Corazón de León, en aras de una mayor igualdad entre sus súbditos, estaba la estricta prohibición de infligir castigos corporales a los siervos, tratados como verdaderos esclavos, y la libertad de caza en los bosques, hasta ahora privilegio de los normandos.

El rey Ricardo, con su bondad y su carácter conciliador, hizo cicatrizar las heridas abiertas entre los dos pueblos. Todos lo aceptaron para que fuera el rey de todos. Odios y rencillas parecieron quedar adormecidos en un profundo sueño.

Pero Ricardo Corazón de León pasaría poco tiempo en su país. Así, tuvo que acudir a la llamada del papa Clemente III para participar en la Tercera Cruzada, con el fin de liberar Jerusalén, en manos del musulmán Saladino.

El rey, antes de su partida, tuvo grandes dudas.

-¿Cómo voy a ausentarme de Inglaterra durante tanto tiempo, y precisamente ahora, cuando más me necesitan mis súbditos? -se lamentaba.

Mas su deber como rey cristiano, su deseo de lucha contra los infieles y el sincero mensaje recibido del Papa ofreciéndole la dirección de la Cruzada, hicieron que Ricardo tomara finalmente la decisión de partir hacia Tierra Santa.

-¡Conquistaré Jerusalén. Se la arrebataré a los infieles! -decía con absoluta seguridad el rey

Durante su ausencia ocuparía el trono su hermano Juan I, conocido como Juan sin Tierra.

-Partid tranquilo, hermano mío. Aquí me encontraréis a vuestra vuelta y aquí encontraréis vuestro amado reino -dijo Juan sin Tierra a Ricardo en el momento de su marcha.

-Gracias, hermano. Sé que puedo confiar en vos. Sé que gobernaréis como yo lo haría y que cuidaréis de nuestros súbditos. Me voy tranquilo porque sé que Inglaterra queda en buenas manos.

Y, seguido de su séquito, Ricardo Corazón de León abandonó, quién sabe por cuántos años, su querida Inglaterra.

Juan sin Tierra, en muy poco tiempo, acabó con los importantes logros de su hermano. Sembró de nuevo la desconfianza y resurgió la discordia. Su crueldad y avaricia volvieron a abrir el abismo entre sajones y normandos.

Estaba convencido de que los normandos eran una clase superior y de que sólo a ellos les correspondía el poder.

La sed de venganza parecía el único móvil que empujaba a quien regentaba el destino de Inglaterra.

-No podemos seguir tolerando las continuas revueltas de los sajones -dijo Juan sin Tierra.

-Así se hará, majestad. No lo dudéis -asintieron sus colaboradores más allegados.

-Pero, señor, vivimos por primera vez una larga época de paz. Los sajones están ahora muy tranquilos -intervino un barón normando allí presente.

-¡Qué ingenuo sois, caballero! -contestó con desprecio el príncipe-. ¿Acaso creéis que los sajones han dejado de tramar conspiraciones contra mi persona? ¿Pensáis tal vez que se resignan a estar bajo una dinastía normanda? ¡Estúpido!

El barón que había manifestado públicamente su disconformidad con las palabras del príncipe era sir Percy Oswald, quien abandonó la sala inmediatamente.

Sir Percy Oswald no estaba de acuerdo con las ideas del príncipe Juan. Pensaba que lo peor para Inglaterra era volver a los tiempos de crueldad y enfrentamientos que, afortunadamente, habían sido ya superados.

Pero Juan sin Tierra no estaba dispuesto a aceptar ninguna opinión que no coincidiera con la suya. Y por ese motivo, sir Percy Oswald quedó automáticamente fuera de su círculo de confianza.

Durante uno de los frecuentes encuentros entre Edward Fitzwalter y Richard At Lea, los dos nobles se confesaron su preocupación por los rumores que corrían acerca del príncipe Juan.

-No parece que vaya a seguir los pasos de su hermano -dijo Richard At Lea a su amigo.

-El rey Ricardo fue demasiado bondadoso al confiar en su hermano -repuso Edward Fitzwalter-. De todas formas, el príncipe Juan no se atreverá a ir contra las medidas adoptadas por el rey.

-Ojalá que así sea, Edward. Pero se me ocurre una cosa. El príncipe no ignora que no simpatizamos con él. Quiero proponerte que, si a ti o a mí nos ocurriera algo, el otro iría a hacérselo saber al rey a Tierra Santa.

-De acuerdo, Richard.

No transcurrió mucho tiempo sin que se confirmaran los temores que se habían confesado los dos nobles sajones.

El príncipe Juan, apoyado por un grupo de incondicionales normandos, comenzó a romper las normas que había dictado su hermano.

Inglaterra parecía dirigirse hacia un trágico destino en el que sólo se oyera el lenguaje de las armas.

Un desgraciado día, el conde de Sherwood apareció muerto en el campo. Había salido por la mañana a visitar a un vecino. De regreso a su castillo, un grupo de encapuchados lo atacó y lo dejó muerto en el camino.

El fiel Richard At Lea acompañó a Robin en tan duros momentos. Estuvo con él durante el entierro de su querido amigo y alentó al desconsolado hijo.

-No dejes que la pena inunde tu corazón. Eres el heredero de Sherwood y debes hacer honor a tu apellido -dijo Richard a Robin, sin poder contener su emoción.

El conde de Sulrey no quiso comunicar, ni siquiera a Robin, sus sospechas de que el propio príncipe Juan podría estar implicado en la muerte de su amigo, de que todo hubiera sido una acción preparada por él y sus secuaces.

Pero Richard At Lea supo inmediatamente lo que tenía que hacer: poner los hechos en conocimiento del rey. Para ello debía encaminarse hacia Tierra Santa.

CAPÍTULO CUATRO

UN VIAJE FROSTRADO

Llevado por el deseo de que se hiciera justicia por la muerte de su amigo y tratando de evitar males peores para Inglaterra, Richard At Lea se dispuso a realizar los preparativos para su viaje a Tierra Santa.

Había asuntos importantes que tenía que resolver: conseguir dinero para poder fletar un barco y pagar a los hombres armados que lo acompañarían, y dejar a alguien encargado de la custodia de su hija.

At Lea, después de pensar en quién podría ser la persona más idónea, decidió acudir a un amigo a quien hacía tiempo que no veía: Hugo de Reinault.

Este noble caballero sajón debía algunos favores a Richard At Lea. Ahora era muy rico y, sin duda, estaría dispuesto a ayudarle.

Pero, a veces, el tiempo hace cambiar a los hombres, y lo que no podía imaginar Richard At Lea es que Hugo de Reinault fuera en ese momento partidario de Juan sin Tierra.

El príncipe Juan comenzaba a contar con un buen número de adeptos, muchos de ellos sajones. La mayoría de los caballeros reclutados lo había sido a cambio de dinero contante y sonante, o bien con la promesa de ser fuertemente recompensados con tierras y privilegios.

Éste era el caso de los hermanos Robert y Hugo de Reinault, Guy de Gisborne, Arthur de Hills y tantos otros. Todos ellos fueron capaces de traicionar a su legítimo rey, a su pueblo, a sus amigos y compañeros, incluso a sí mismos, exclusivamente por dinero y poder

A un hombre de esta calaña, a Hugo de Reinault, fue a quien se dirigió el noble Richard At Lea en busca de ayuda.

-¿Qué os trae por aquí, querido amigo? ¡Cuánto tiempo sin veros! -saludó de forma efusiva Hugo de Reinault al recién llegado.

-Yo también me alegro de veros, Hugo, aunque hubiera deseado que no fuera en esta ocasión -dijo con tristeza Richard At Lea.

-Hablad presto, Richard. ¿Qué sucede?

-¿Puedo confiar en vos? Lo que quiero contaros no lo he hablado con nadie -dijo tomando precauciones Richard At Lea.

-Soy vuestro amigo, Richard. No he olvidado cuando me ayudasteis y si hay algo que esté en mi mano, no dudéis en que podéis contar con ello. Además, soy sajón hasta la médula.

-Hace unos días murió el conde de Sherwood a manos de seguidores del príncipe Juan -dijo bajando la voz Richard At Lea.

-¿Estáis seguro? ¿Cómo lo habéis descubierto?

-No tengo pruebas, Hugo. Pero tengo la más absoluta certeza de ello. Mira lo que está ocurriendo en Inglaterra.

-Y bien, ¿qué podemos hacer, querido amigo?

-Yo debo ir a Tierra Santa a poner los hechos en conocimiento del rey. Así lo decidimos Edward Fitzwalter y yo si a alguno de nosotros le sucedía algo.

-Entonces, ¿para qué me necesitáis?

-Preciso fletar un barco a ir acompañado de un grupo de soldados. En este momento no tengo el dinero necesario. Para eso he venido a veros, para que me prestéis, si podéis, ese dinero.

-Ahora mismo no dispongo de la cantidad que necesitáis. Tendría que pedirlo yo y cobraros los intereses correspondientes.

-No importa, Hugo. Hagámoslo como decís. No estoy en condiciones de poder elegir ni de poder esperar.

-Mañana tendréis el dinero, Richard. Ahora, tomemos una copa de vino y brindemos por vuestro viaje.

-Gracias, amigo. Necesito aún pediros otro favor, quizá más importante que el anterior. Como sabéis tengo una hija. Deseo que, durante el tiempo que yo esté fuera, ella permanezca en un convento y vos seáis su tutor.

-Os agradezco la confianza que depositáis en mí, Richard. Seré un verdadero padre para vuestra hija mientras estéis ausente.

-Por supuesto que os dejaré el poder legal correspondiente y os compensaré por las molestias que todo esto os cause.

Unos días después, tras firmar todos los documentos, Richard At Lea se hacía a la mar con el barco y la tripulación proporcionados por Hugo de Reinault.

Nada más zarpar Richard At Lea, Hugo se dirigió al palacio de Juan sin Tierra. Allí le esperaba el nutrido grupo de caballeros adeptos al príncipe y el propio príncipe en persona.

De Reinault contó a sus amigos lo ocurrido con At Lea.

-Pero... ¿le habéis dejado partir a Tierra Santa? -preguntó con indignación y la voz temblorosa el príncipe Juan.

-Tranquilo, señor. Los hombres que lo acompañan llevan órdenes muy claras. Si no me fallan los cálculos, a estas horas ya se habrán amotinado contra el conde de Sulrey, y estarán de vuelta dentro de muy poco en el puerto del que salieron. De ahí, el conde pasará a la más oscura mazmorra de mi castillo.

-Sois muy listo, Hugo -afirmaron todos.

-Pero hay más, señores. Tengo documentos legales firmados de puño y letra por Richard At Lea por los que sus bienes pasarán a mis manos y, como tutor de su hija, también me pertenecerán los de ella. Así, no sólo me he deshecho de un enemigo de vos, príncipe, sino que además nos repartiremos la apreciable fortuna de los At Lea.

La reunión acabó con aplausos dirigidos al astuto Hugo de Reinauf y con un brindis dedicado al talento y la sagacidad del noble.

Pocos días después, tal y como había previsto el traidor sajón, Richard At Lea era llevado ante él.

-Hugo, ha sido una terrible experiencia. Los soldados se amotinaron . . .

-¿Quién sois? -interrumpió bruscamente Hugo de Reinault a Richard, que presentaba un aspecto lamentable.

-¿No me reconocéis, Hugo? Soy Richard At Lea, vuestro amigo:

-¡Imposible! Richard At Lea salió hace unos días hacia Tierra Santa. Yo mismo le proporcioné el barco y la tripulación. Vos debéis de ser un impostor. ¡Guardias, encerradle!

En ese mismo momento, Richard At Lea comprendió que había sido víctima de un engaño; más que eso, de una terrible traición.

A quien había considerado un amigo no era más que un traidor, un vendido a la causa de Juan sin Tierra.

Pero ahora, su triste realidad es que estaba en manos de un hombre sin escrúpulos. Pero no sólo él, sino también su querida hija y todos sus bienes.

Richard At Lea lloró amargamente en su celda. Un triste llanto derramado por quien se sentía el ser más infeliz y solo de la Tierra. Nunca unas lágrimas habían sido muestra de un dolor tan hondo, de una desesperación tan profunda.

CAPÍTULO CINCO

LA PRIMERA ACCIÓN DE ROBIN

Tras la muerte de su padre, el joven Robin se vio sumido en la tristeza y en la desolación. Aun sin sospechar la verdad, el heredero de Sherwood se sentía solo y desgraciado, sin el padre con el que tanto compartía y del que tanto había aprendido.

Intentando hacer algo por cambiar su triste estado de ánimo, decidió buscar la compañía de las dos personas en las que más confiaba y a las que más cariño tenía: Richard At Lea y su hija Mariana.

Se dirigió al castillo de los At Lea y, allí, uno de los sirvientes le informó de que el conde había partido a Tierra Santa y que Mariana se encontraba en el castillo de Hugo de Reinault, su tutor por decisión paterna.

Robin, extrañadísimo, comentó:

-¡En el castillo de Hugo de Reinault! ¡Qué raro! Ese caballero tiene fama de ser un cruel prestamista que ha ido despojando de sus tierras a medio condado. Además es el hermano de Robert, corregidor de Nottingham.

-¡Pero, señor, son sajones! –le dijo el sirviente de los At Lea.

-Aun siéndolo, no me fío de ellos -contestó Robin.

Robin abandonó el castillo del que fuera gran amigo de su padre y decidió visitar a Hugo de Reinault para entrevistarse con Mariana.

-¿Qué os trae por aquí, señor Fitzwalter?

-Creo que vos sabéis dónde se encuentra el señor At Lea.

-Efectivamente. Mi amigo Richard At Lea -habló Hugo poniendo mucho énfasis en las palabras "mi amigo"- me pidió prestado dinero para ir a Tierra Santa. Y hacia allí se dirige gracias a mi ayuda.

-¿Y Mariana? ¿Podría hablar con ella? -preguntó Robin.

-Soy legalmente el tutor de Mariana y en este momento no podéis verla.

-¿Acaso tenéis miedo de que hable con ella? ¿Ocultáis algo, señor Hugo de Reinault? -dijo Robin con tono acusador.

-¡No tengo nada que ocultar, señor Fitzwalter! Es mi palabra de caballero. Ahora, váyase. No puedo perder más tiempo. ¡Soldados, acompañen al señor!

Y rodeado de un grupo de hombres armados, Robin abandonó el castillo de Hugo de Reinault.

El señor de Reinault tuvo la impresión de que el joven Robin sospechaba algo. Y lo mismo parecía ocurrir con Mariana. La joven había pronunciado algunas palabras, en la conversación que los dos mantuvieron, que denotaban cierta desconfianza hacia él y cierta extrañeza de que su padre hubiera tomado las decisiones que parecía haber tomado.

Hugo de Reinault se tranquilizó a sí mismo. ¿Qué peligro podían suponer tanto Robin como Mariana? Y al fin y al cabo, en el peor de los casos, serían sólo unas pequeñas molestias a cambio de los grandes beneficios que iba a obtener de esta operación.

Robin, desde su conversación con el señor de Reinault, no conseguía olvidarse del asunto. Estaba cabizbajo, meditabundo, no hablaba con nadie y vagaba por los caminos a lomos de su caballo.

Un día, en uno de esos paseos sin rumbo, Robin encontró a un grupo de campesinos. Discutían airadamente y oyó voces de protesta contra los normandos. Robin se acercó a ellos.

-¿Qué sucede? -preguntó bajando de su caballo.

Uno de los siervos de Robin explicó a su señor que Feldon, un hombre al servicio de Guy de Gisborne, había sufrido un terrible castigo por un hecho sin importancia. Este castigo había consistido en dejarle sin comer, durante más de una semana, a él y a su familia. El desgraciado Feldon, sumido en la más absoluta desesperación, había cazado un ciervo para dar de comer a los suyos. Enterado Guy de Gisborne, lo había apresado y condenado a muerte. Su mujer y sus dos hijos serían azotados.

-¡Esto es intolerable! -gritó con indignación Robin-. Las leyes están para cumplirlas. Feldon tiene derecho a cazar. El mismo derecho que el señor de Gisborne. Iré a pedir cuentas a ese mezquino caballero.

-No lo hagáis, señor -le pidió con preocupación el campesino que le había contado la triste historia de Feldon-. Guy de Gisborne está respaldado por el príncipe Juan y no conseguiréis nada. Irá contra vos también. Es muy poderoso. No vayáis.

-No os preocupéis, os lo ruego. No tengo ningún miedo a ese caballero que se salta las leyes a su capricho. Avisa a todos mis soldados, que se queden en el castillo y me esperen allí -dijo Robin mientras se alejaba con su caballo.

Robin se dirigió al castillo del señor de Gisbome dispuesto a todo por conseguir que la ley se cumpliera. No podía consentir que un señor dispusiera de la vida de un hombre. Daba igual que fuera normando o sajón. Era una vida humana y, como tal, merecía respeto.

Estas enseñanzas de respeto y amor al prójimo las había recibido Robin de su padre. "¡Ay, cuánto le echo de menos! ¡Cuánto podría haberme ayudado mi padre en estas circunstancias y en otras que sin duda me deparará la vida! ¡Ni siquiera cuento con el buen consejo del señor At Lea! ¡Qué solo estoy!" -pensaba Robin mientras se dirigía a ver al señor de Gisborne.

Poco después llegaba a las puertas del castillo y pedía ser recibido por el señor Mientras tanto, observó los preparativos que se realizaban para llevar a cabo la ejecución de Feldon.

-Señor Fitzwalter, no sé qué hace un noble sajón bajo mi techo. Ya sé que visitasteis a Hugo de Reinault, pero...

-Que, por cierto, también es noble sajón -le interrumpió irónicamente Robin.

-¡Basta de bromas, joven! -dijo con crispación Guy de Gisborne-. Yo no sé nada de Richard At Lea ni de su hija.

-No es ése el motivo de mi visita Vengo a impedir la muerte de su siervo, ese pobre desdichado al que pensáis ejecutar por hacer uso de su derecho a cazar ¿Acaso habéis olvidado que la caza no es un privilegio normando según las leyes de nuestro rey?

-¿Qué rey? -preguntó cínicamente Guy de Gisborne-. Yo sólo tengo un rey, y es el príncipe Juan.

-Si es el príncipe Juan el que está detrás de esto, vos y él estáis violando las leyes. No podéis matar a ese hombre ni torturar a su familia. ¡Que se suspenda la ejecución! -gritó Robin.

-Meteos en vuestros asuntos, jovencito. La ejecución se llevará a cabo, ¡por encima de vos si es preciso!

Robin se fue sin siquiera despedirse. Se dirigió a su castillo. Allí le aguardaban sus hombres, preparados para lo que él dispusiera. La orden de Robin fue atacar la fortaleza del señor de Gisborne para liberar a su vasallo Feldon.

Robin y sus hombres no tuvieron en cuenta ni su inferioridad numérica ni el peligro que corrían. La sed de justicia a igualdad les hacía enfrentarse valerosamente al enemigo.

Guy de Gisborne y sus soldados no esperaban el ataque. Fue un verdadero asalto por sorpresa. Casi no hubo respuesta: no les dio tiempo a reaccionar, ni siquiera a llegar a las armas.

Robin, con sus propias manos, liberó al desdichado Feldon, que no podía creer lo que estaba viendo.

Una vez alcanzado su objetivo, Robin y Feldon en el mismo caballo, seguidos por los hombres que habían hecho posible la victoria, se alejaron al galope. Más tarde, pudieron respirar tranquilos en los aposentos del castillo de Sherwood.

Sólo había una cosa que entristecía a Robin: no haber podido salvar también a la esposa y los dos hijos de Feldon de la crueldad del señor de Gisborne.

CAPÍTULO SEIS

EN EL BOSQDE DE SHBRWOOD

Durante varios días, la calma y la paz reinaron en el castillo del conde de Sherwood. La satisfacción por el deber cumplido era el sentimiento que compartía Robin con sus hombres. El constante agradecimiento de Feldon era lo único que hacía ensombrecer la alegría de Robin. Le hacía recordar los tormentos que podía estar sufriendo la familia del que era ahora su más incondicional vasallo.

Pero Guy de Gisborne no había olvidado la terrible acción cometida por Robin. Convocó una reunión con el príncipe Juan y sus más fieles seguidores, y allí expuso los hechos ocurridos.

-Caballeros, nos hemos librado de Edward Fitzwalter y también de Richard At Lea. Pero mientras ande suelto Robin, no nos dejará vivir tranquilos. Ese joven es muy peligroso -dijo Guy de Gisborne.

-Estoy de acuerdo -intervino Hugo de Reinault-. Estoy seguro de que sospecha algo sobre lo ocurrido con At Lea, y no cejará en su empeño hasta averiguarlo. Conozco muy bien a ese joven sajón.

-Entonces, Guy de Gisborne, atacad su castillo -dijo el príncipe Juan-. Todos colaboraremos con nuestros soldados. Además, ese joven es muy rico. Nos quedaremos con su castillo, con sus tierras y con sus bienes. Nos repartiremos todo.

Tomada la decisión, los caballeros se dispersaron. Pocos días después, según lo convenido, un numeroso ejército, nutrido con hombres de diversa procedencia, rodeaba el castillo de Sherwood, preparado para el asalto.

Por su parte, los hombres de Robin de Fitzwalter permanecían en sus puestos día y noche. Todos ellos mantenían alto el ánimo. Estaban dispuestos a todo en defensa de la ley, y con la seguridad y tranquilidad de espíritu que produce estar cargado de razón.

Después de un mes de asedio al castillo de Sherwood, las frecuentes escaramuzas no supusieron ninguna rotunda victoria para los atacantes ni ninguna sonada derrota para los atacados.

Aparte del agotamiento que empezaba a hacer mella en las tropas atacantes, esta expedición empezó a ser duramente criticada por numerosos nobles, tanto sajones como normandos. Todos sospechaban que el príncipe respaldaba tal acción. Todos sabían perfectamente quiénes eran Guy de Gisborne y el pequeño a influyente grupo que rodeaba a Juan sin Tierra.

Se convocó una nueva reunión para discutir qué era lo más conveniente, dadas las actuates circunstancias.

Como en otras ocasiones, Hugo de Reinault fue el que aportó la idea más diabólica para acabar con aquella situación.

-Señores, creo que se debe enviar un mensajero que anuncie el perdón a Feldon y a los que, como él, se refugiaron en el castillo. . .

-¡Pero estáis loco, Hugo! -interrumpió con furia Guy de Gisborne.

-¡Calma, escuchadme! Debéis ordenar el perdón de Feldon y de todos vuestros vasallos que han ido engrosando las filas de Robin. Mandad que todas las mujeres a hijos de los rebeldes sean llevados a las murallas del castillo. Si esos rebeldes no aceptan el perdón que les concedéis, sus familias serán ejecutadas. Os aseguro que las esposas convencerán por sí mismas a sus maridos.

-Sois un verdadero genio, Hugo -exclamó Guy de Gisborne.

Los acontecimientos se desarrollaron tal y como había previsto el astuto Hugo de Reinault. Un mensajero anunció las condiciones a las puertas del castillo de Sherwood.

Cuando los desertores del señor de Gisborne vieron a sus esposas y a sus hijos pidiéndoles que depusieran su actitud para salvarse, no tuvieron fuerza moral para mantener la lucha.

El primero en enternecerse fue Feldon.

-Señor Fitzwalter, he de ir con los míos. Aunque todo sea una patraña, aunque luego me maten, debo intentar salvarlos.

-Nosotros lo seguiremos -dijeron otros.

Robin intentó convencerlos de que no lo hicieran, de que sin duda era una trampa.

-No sólo ajusticiarán a vuestras familias, sino a vosotros mismos. El señor de Gisborne no olvida. Nunca os perdonará -les decía Robin.

Todo fue inútil. Los hombres no podían dejar de oír las voces de sus esposas. Se les rompía el corazón.

Pronto, los primeros en salir pudieron estrechar a los suyos sin que les ocurriera nada. Muchos siguieron su ejemplo.

Robin se quedó con un puñado de hombres. Así no podían seguir resistiendo en el castillo sitiado.

-Tenemos que salir de aquí para salvar nuestras vidas -les dijo a sus hombres-. Pero no nos entregaremos al enemigo. Iremos al bosque de Sherwood. Lo conozco como la palma de mi mano. No se atreverán a internarse en él. Os lo aseguro.

Aprovecharon la noche para salir sigilosamente por la puerta trasera del castillo. A los pocos minutos entraban en el bosque, un refugio seguro.

A la mañana siguiente, los hombres de Guy de Gisborne descubrieron lo sucedido.

-¡Han escapado! -gritó uno de los soldados.

Las huellas les condujerron hasta el cercano bosque de Sherwood.

La noticia fue comunicada rápidamente al señor Guy de Gisborne, que se encontraba acompañado de Hugo de Reinault

-¡Maldito sea! ¡Ha conseguido escapar! ¿Qué podemos hacer para darle su merecido, Hugo?

-Nada por el momento. Ahora, Robin ya no es un peligro. Está recluido en el bosque. Sherwood es su prisión. Si sale de ahí, caerá en nuestras manos.

-Es cierto, Hugo. Ya no hay nada que temer: Pediremos al principe que lo declare proscrito, un ciudadano fuera de la ley. A él y a sus hombres, por supuesto.

-Brindemos, amigo, por las ganancias obtenidas: tierras, dinero, un castillo... Hay mucho para repartir entre todos -dijo el interesado Reinault.

Mientras tanto, Robin reflexionaba en Sherwood sobre todo lo que había ocurrido. No se arrepentía de nada. Volvería a actuar de la misma manera otra vez. Pero estaba preocupado: ¿Cuánto tiempo pasaría sin que pudieran salir del bosque de Sherwood? ¿Qué les habría ocurrido a Feldon y a los demás?

A los pocos días recibieron la visita de un pastor que había descubierto un camino sin vigilancia por el que llegar al bosque.

El pastor les contó que Feldon y cinco hombres más habían sido ejecutados. Todos los demás habían recibido crueles castigos y sus familias se morían de hambre.

-¡Lo sabía! No deberían haber creído al mensajero del señor de Gisborne -se lamentó Robin.

-Todos los que viven están arrepentidos de lo que hicieron, Robin -dijo el pastor-. La gente de la comarca admira vuestro comportamiento y quiere ayudaros. ¿Qué podemos hacer?

-Necesitamos más hombres y comida -dijo Robin-.

El pastor cumplió su promesa. Fue reclutando hombres jóvenes y les hizo llegar alimentos.

El grupo del bosque de Sherwood era ya bastante numeroso. Todos sus miembros juraron lealtad a Robin y se sentían orgullosos de estar a las órdenes del hombre más íntegro y justo del reino: Robin Hood -así apodado por la característica capucha que siempre lucía en su cabeza-. El hijo de Edward Fitzwalter

CAPÍTULO SIETE

LA ORGANIZACIÓN EN SHERWOOD

Poco a poco, el asentamiento en el bosque de Sherwood fue adecuándose a las necesidades de los que allí se encontraban. Primero construyeron chozas que les servían de cobijo y, cuando los días se hicieron más fríos, bien entrado el otoño, se vieron obligados a dotarlas de chimeneas para proporcionarse calor

Aun así, las ropas de Robin y sus hombres fueron convirtiéndose en auténticos harapos, y carecían de mantas con las que abrigarse durante la noche.

Robin decidió que había que solucionar este grave problema. Para ello era necesario ir a la ciudad y conseguir lo que necesitaban. Ninguno de los hombres de Robin estaba dispuesto a correr ese riesgo. Preferían seguir soportando el frío y las calamidades que padecían.

-Yo iré a Nottingham -dijo Robin-. Me disfrazaré de mendigo y traeré lo que necesitamos.

A pesar de que todos intentaron disuadirle, Robin estaba decidido y se puso en camino.

Llegó a Nottingham muy cansado. Sólo contaba con un puñado de monedas de escaso valor que había ido consiguiendo como limosna por el camino.

Entró en la tienda de un mercader y allí eligió ropa y calzado para todos. No sabía cómo arreglárselas para pagan Siguió mirando y mirando para darse tiempo hasta que se le ocurriera algo. De pronto descubrió una alfombra que le resultó familiar. Era una gran alfombra del castillo de su padre.

Un montón de recuerdos de su infancia se agolparon en su mente: su madre, su padre. . . Él y Mariana jugando sobre aquella preciosa alfombra... No pudo evitar que se le hiciera un nudo en la garganta y que sus ojos se llenaran de lágrimas.

-A ver, joven, son cuarenta libras -dijo el mercader con brusquedad.

Esas palabras sacaron a Robin de su ensimismamiento.

-Le doy estas monedas. Son todo cuanto tengo. Dentro de unos días le pagaré el resto.

-De ninguna manera. Yo sólo vendo al contado. No me fío de nadie.

-De alguien habrá tenido que fiarse, señor, cuando tiene una alfombra que perteneció a una familia a la que yo conocí hace tiempo. Sus bienes están confiscados y, portanto, esa alfombra ha tenido que ser robada-dijo Robin pícaramente.

Al mercader no le gustó nada lo que acababa de oír. Pensó que aquel muchacho podía ser un enviado del príncipe Juan. Si lo denunciaban, lo ahorcanán. Era mucho lo que tenía que ocultar

-Si esto queda entre nosotros -propuso el mercader a Robin-, te dejo que te lleves lo que has elegido y te regalo esa alfombra

Robin no abrió la boca, y el mercader se vio obligado a seguir ofreciendo cosas intentando satisfacerle:

-Te daré también dos toneles de vino... y... dos sacos de harina.

-¿Cómo podré transportar todas esas cosas? -preguntó por fin Robin.

-Te llevarás ese caballo que está ahí. Pero no me denuncies, por Dios.

-Ándate con cuidado, mercader. La próxima vez puedes correr peor suerte.

Y Robin se fue con un caballo nuevo y con toda la mercancía.

En Sherwood, la alegría desbordó a todos cuando lo vieron aparecer sano y salvo y con aquel cargamento.

Robin colocó la preciosa y lujosa alfombra en su pobre choza. Ahora tendría un recuerdo de su feliz infancia.

Los días transcurrían plácidamente en Sherwood. Cazaban venados y recolectaban frutos pares alimentarse, recogían leña para procurarse calor y, de vez en cuando, recibían la visita de alguna persona del lugar que les traía algo de comida a veces como muestra de simpatía, o pidiendo su ayuda para que intervinieran ante los frecuentes abusos de poder que cometían algunos caballeros.

Cada vez se hicieron más frecuentes las acciones de Robin y sus hombres fuera del refugio del bosque de Sherwood. Se trataba siempre de actos en defensa de vasallos perseguidos por los barones normandos o incluso en ayuda de caballeros sajones, despojados constantemente de tierras y bienes por los ambiciosos secuaces del príncipe Juan.

Dado que Robin y sus hombres se veían obligados a intervenir en numerosas ocasiones, debían organizarse. Aun fuera de la ley, era necesario que todos tuvieran claro cómo actuar en cada caso y qué propósitos perseguían.

Para ello, Robin creyó conveniente poner unas normas que todos cumplieran por igual.

Movido por este deseo, un día Robin reunió a sus hombres y les comunicó sus planes:

-Compañeros, cada día son más las personas que acuden a nosotros en busca de auxilio. Como sabéis, estamos declarados proscritos. Efectivamente, no acatamos las normas del príncipe Juan, ni nunca lo haremos. En cambio, sí acatamos las leyes divinas y las tendremos siempre presentes. Serán nuestra verdadera guía. Nuestro fin ha de ser hacer el bien: socorrer a pobres y necesitados, luchar contra cualquier injusticia, respetar a mujeres, niños y ancianos, y atacar sólo en defensa propia.

Tras los calurosos aplausos con los que mostraron su total adhesión a las palabras de Robin, todos los hombres juraron cumplir aquellos principios.

Paulatinamente, el número de miembros de la banda de Robin había ido aumentando de manera considerable. Unas veces se unía a ellos algún joven que había presenciado una gloriosa acción; en otras ocasiones eran personas que penetraban en el bosque y pedían ser admitidas y, en todos los casos, eran gentes orgullosas de poder pertenecer al valeroso ejército de Robin Hood.

Entre los numerosos compañeros de Robin, había dos con los que se sentía especialmente identificado: John Mansfield y Much.

John Mansfield, al que todos llamaban Johnny, era un gran hombretón, alto y robusto. Estaba dotado de una fuerza sobrehumana y el mismo Robin había tenido oportunidad de comprobarlo en sus propias carnes.

Fue el día en que se conocieron. Robin, seguido de sus hombres en fila india, atravesaba un angosto puente sobre un río. Por el otro extremo avanzaba un desconocido. Como era imposible pasar a la vez en less dos direcciones, Robin le gritó que retrocediera. El bravo desconocido se negó a ser él quien lo hiciera, y se enzarzaron en una pelea. Robin fue derribado por aquella fuerza de la naturaleza. Aquel hombre era John Mansfield. Huía de los normandos, que le habían despojado de sus tierras, a iba en busca de Robin Hood para unirse a su banda. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir que tenía a Robin ante él: el mismo al que había hecho besar el suelo.

Much, el otro hombre de confianza de Robin, era de baja estatura y escasa corpulencia. Lo contrario de lo que significa su nombre en inglés: "mucho".

Robin conoció a Much ante las ruinas de un molino. El hombre estaba con la cabeza agachada y la mirada perdida Robin se presentó. AI oír su nombre, el desconocido reaccionó y, entre lágrimas, le contó que soldados de Ralph de Bellamy llegaron en busca de trigo. Les dio cuanto tenía. Pero les pareció poco y le acusaron de estar guardando alguna cantidad para los proscritos. Quemaron el molino con su mujer y sus dos hijos dentro.

Much se sumó a la banda, donde encontró una nueva families

CAPÍTULO OCHO

DIVERTIDAS AVENTURAS DE ROBIN ROOD

A pesar de los tristes acontecimientos que desencadenaron la existencia del grupo refugiado en Sherwood, la vida allí había ido normalizándose. Muchas familias habían logrado reunirse. Incluso muchos niños habían venido al mundo en aquel bosque.Además, todos se sentían miembros de una gran familia y todos se ocupaban de todos.

Recientemente se había incorporado a la banda el padre Tuck. Era un fraile que había vivido siempre solo, retirado en el campo. Muchas personas, tanto nobles como plebeyas, acudían a él con frecuencia a pedirle consejo. Su influencia en las gentes y su apoyo personal a los principios

que defendían los proscritos de Sherwood, hicieron que las autoridades del príncipe Juan dictaran orden de captura contra él. Esto obligó al buen fraile a refugiarse también en Sherwood. Allí, sus aportaciones fueron muy importantes. No sólo celebraba misa todos los domingos, sino que unió a varias parejas en matrimonio, bautizó a muchos niños, se ocupaba de la educación de pequeños y mayores y, como tenía conocimientos de medicina, cuidaba de la salud de todos.

Aunque la vida cotidiana en Sherwood no era fácil, también había momentos para la diversión. Uno de ellos, quizá el más célebre, fue el día en el que Robin y algunos de sus hombres acudieron a un torneo de tiro con arco que se celebraba en una ciudad próxima.

Robin y los suyos se habían convertido en verdaderos expertos en el manejo del arco: única arma disponible en su refugio del bosque.

Todos los premios del torneo los acaparó el grupo de Sherwood. Finalmente, la última prueba, recompensada con una bolsa de monedas de oro, la superó sin dificultad Robin Hood para asombro de todos los presentes.

Cuando el alcalde de la ciudad entregó el premio al vencedor, le preguntó su nombre. Robin, vestido como un caballero y sin su típica capucha, contestó:

-Mi nombre es Robin Hood.

La carcajada fue general. Cuando las risas cesaron, el alcalde volvió a preguntar al ganador por su nombre.

-Señor, ya os lo he dicho. Mi nombre es Robin Hood.

El alcalde comprendió entonces que el desconocido no estaba bromeando. Llamó a gritos a sus soldados para que lo apresaran. Pero era demasiado tarde. Robin y los suyos habían huido a todo galope en sus caballos.

Otra de las más famosas y animadas aventuras de Robin, que demuestra su afán de diversión y su buen humor, comenzó un día cuando encontró en un camino a un anciano alfarero que iba a la ciudad de Nottingham a vender su mercancía

El anciano se mareó y cayó al suelo. Robin se acercó a reanimarlo. Le dijo quién era y le ofreció quedarse en el bosque de Sherwood. Mientras, él mismo iría al mercado y le traería el dinero de la mercancía que vendiese.

-Gracias, Robin. Puedo confirmar que lo que he oído sobre vos es cierto. Necesito el dinero para la boda de mi hija, pero está claro que no puedo continuar hasta Nottingham. Acepto vuestro favor y descansaré en Sherwood. Os advierto que hay una vajilla de oro muy valiosa entre los objetos de la carreta.

Robin llegó a la ciudad y pronto consiguió vender todo, ya que tanto la mercancía como los precios resultaron muy atractivos para las gentes. Sólo se reservó la vajilla de oro porque le rondaba una idea en la cabeza.

El interés de los objetos ofrecidos por el mercader llegó a oídos del corregidor Robert de Reinault, quien lo llamó a su palacio. Eso era, precisamente, lo que Robin tenía previsto.

Cuando el mercader traspasó las puertas de la mansión del corregidor ya nada quedaba de su mercancía, salvo la valiosa vajilla. Así se lo comunicó al señor, a quien por respeto al cargo que ostentaba se la ofreció como regalo.

Robert de Reinault, con ojos codiciosos, aceptó el obsequio e invitó al generoso mercader a cenar en su palacio aquella noche.

Hugo de Reinault, huésped de su hermano por aquellos días, también estaría presente en el banquete.

Robin obtuvo interesante información, que era lo que pretendía, en el palacio de Robert de Reinault. Supo que el precio por su captura o muerte era ya elevadísimo. Supo también que se preparaba una incursión a Sherwood, dirigida por Guy de Gisbome.

Tras la cena y el insistente agradecimiento, el humilde mercader se despidió de los hermanos Reinault y abandonó la ciudad. Por la mañana, los sirvientes del corregidor encontraron un pergamino con el siguiente mensaje:

"Robin Hood da sus más sinceras gracias al corregidor
y a su ilustre hermano.
Y queda a la espera de poderles corresponder de la
misma forma en el bosque de Sherwood!"

La cólera de los hermanos Reinault fue mayúscula. Los dos juraron odio eterno a Robin Hood y no descansar hasta verle muerto.

Robin llegó a Sherwood muy satisfecho por haber quedado al corriente de lo que se tramaba contra ellos y, así, tener tiempo para prepararse.

El pobre alfarero había muerto. Había dejado el nombre y la dirección de su hija, a la que poco después le fue entregado el dinero obtenido por la mercancía.

Unos días más tarde, los vigías de Sherwood vieron avanzar a los soldados de Guy de Gisbome. Corrieron a avisar a Robin Hood y éste dio las órdenes convenientes: se trataba de que todos permanecieran escondidos pacientemente en la espesura. No debían hacer ningún ruido

Los soldados se internaron en el bosque, pero ni rastro de Robin Hood y los suyos. El más absoluto silencio los acompañaba en la búsqueda. Llegó la noche y se detuvieron en un claro. Allí hicieron una gran hoguera y establecieron los turnos de vigilancia.

Al amor del fuego, los hombres empezaron a charlar de forma animada. Cuando callaban, oían sobrecogidos los ruidos del bosque. Aquello les hacía seguir despiertos a pesar del cansancio que sentían tras la dura jornada.

La conversación iba decayendo y muchos empezaban a quedarse adormecidos, rendidos por el sueño. Era ya bien entrada la madrugada.

De pronto empezaron a oírse extraños ruidos, y los intranquilos hombres de Gisborne se despertaron sobresaltados. Al poco vieron entre los árboles unas sombras blancas semejantes a duendes o fantasmas. Espantosas carcajadas, que parecían salir de ultratumba, acompañaban estas terron'ficas visiones.

Los hombres, bien juntos, con los pelos de punta y temblando de pavor, tuvieron que sufrir aún que un grupo de estos fantasmas se abalanzaran sobre ellos y empezaran a molerles a palos.

Los confundidos soldados huyeron despavoridos en medio de la oscuridad de la noche y deambularon por el bosque hasta que, al amanecer, lograron alcanzar la salida.

Sobra explicar que los fantasmas venidos del otro mundo eran Robin y sus hombres. Todo había sido una genial idea del héroe de Sherwood.

El suceso corrió como la pólvora por toda la comarca. Y la expedición de Gisborne fue motivo de burla para las gentes del lugar.

CAPÍTULO NUEVE

LLEGAN NOTICIAS SOBRE EL REY

Había pasado mucho tiempo desde que Ricardo Corazón de León partiera a las Cruzadas. Inglaterra había cambiado mucho bajo la regencia del príncipe Juan y no se tenían noticias del rey

Cuando todos pensaban que habría muerto en la lucha contra los infieles, se supo que el legítimo rey de Inglaterra estaba vivo, aunque prisionero del rey Enrique de Alemania.

Ricardo Corazón de León fue detenido por soldados de Leopoldo de Austria y posteriormente entregado al rey alemán. En el momento de su detención iba acompañado de su buen amigo el príncipe David de Huntington, futuro rey de Escocia, conocido como sir Kenneth.

Sir Kenneth intentó defender a su rey y cayó gravemente herido. Los soldados austríacos prendieron a Ricardo y abandonaron a su amigo, dándolo por muerto.

Sin embargo, sir Kenneth se salvó gracias a un campesino que lo encontró y lo llevó a su choza, donde se restableció por completo.

Consciente de la gravedad del asunto, sir Kenneth, nada más recuperarse, centró todos sus esfuerzos en conseguir la liberación del rey Ricardo. Por ello, se dirigió a Roma para interceder ante el Sumo Pontífice.

Allí se enteró de que Ricardo no estaba en Austria, sino en Alemania, y que el rey Enrique había pedido un fuerte rescate por su liberación.

En efecto, a la corte inglesa había llegado un mensaje del rey alemán en el que se daba cuenta del cautiverio de Ricardo Corazón de León y de la suma exigida para su puesta en libertad.

Juan sin Tierra, ante la reina madre y la esposa de su hermano, declaró que pondría todo su empeño en recaudar fondos, por medio de más impuestos, para salvar a Ricardo, ya que las arcas del reino no disponían de esa exorbitante cantidad.

-Yo venderé mis joyas, Juan -dijo la reina madre-, para restituir en su trono al legítimo rey de Inglaterra. En cuanto a la recaudación de impuestos, sólo te pido que no se haga recaer todo el esfuerzo sobre los humildes. Son los señores, normandos y sajones, los que más deben y pueden aportar

Toda Inglaterra condenó sin reservas la acción del rey alemán. En general, la gente del pueblo fue la que se sintió más afectada. Veía alejarse la posibilidad de que cambiara su situación con la vuelta del buen rey.

Comenzó por todo el país la recaudación de impuestos en favor de Ricardo Corazón de León. Era la gente humilde la que pagaba con mayor satisfacción. Sentía que colaboraba con una causa justa. Tenía la certeza de que su suerte cambiaría si se conseguía la liberación del rey.

Se logró recoger una suma respetable entre los impuestos y la venta de las joyas de la reina. Aun así, no se alcanzaba la cantidad exigida por el rey Enrique.

Juan sin Tierra, reunido con sus incondicionales, no tenía dudas sobre los pasos que se habían de dar.

-Se seguirán recaudando impuestos en favor de mi hermano, pero ese dinero jamás llegará al rey alemán. Ricardo no conseguirá nunca su libertad.

Pasó el tiempo y la gente empezó a cansarse de pagar tributos bajo el pretexto de liberar al rey. Había un hecho claro: el rey seguía cautivo. El príncipe Juan no daba explicaciones a nadie y existían serias dudas sobre sus verdaderas intenciones.

La reina madre comenzó a dudar de la labor que estaba realizando el príncipe para liberar al rey. Algunos rumores que habían llegado a sus oídos y su propia intuición le decían que Juan sin Tierra prestaría un flaco servicio al desdichado Ricardo.

Así pues, mandó a lady Edith que viajara a Escocia y esperara allí a su prometido David de Huntington, del que desconocían su paradero.

-Quizá desde Escocia tengáis que prestarnos ayuda si Juan llega a usurpar la corona a su hermano -dijo la reina madre-. Berengaria permanecerá conmigo a la espera de acontecimientos.

Mientras tanto, David de Huntington, sir Kenneth, consiguió que el Papa mediara ante el rey Enrique para que Ricardo Corazón de León fuese liberado.

El rey alemán recibió una dura reprimenda del Pontífice y no pudo negarse a obedecer El rey de Inglaterra quedó libre a pesar de que su propio hermano había intentado evitarlo.

A los pocos días, Ricardo y sir Kenneth se reunían emocionados en Roma.

Tras un efusivo abrazo, el rey pidió a su amigo que le contara todo lo que supiera de Inglaterra,

-Majestad, envié a un mensajero y tengo noticias recientes. La reina madre y vuestra esposa se encuentran bien. Vuestra prima Edith me espera en Escocia. . .

-Espléndido. Todo son buenas noticias -interrumpió Ricardo.

-Siento, señor, tener que daros otras no tan buenas. Nada, nada buenas -dijo sir Kenneth con tristeza-. Habréis de saber que vuestro hermano se ha repartido con sus hombres de confianza el dinero recaudado para vuestro rescate.

-Entonces, ¿he sido liberado sin haber satisfecho las condiciones que exigía el rey Enrique?

-En efecto, así es. Gracias a la intervención papal.

-Continuad, sir Kenneth, os lo ruego. Me interesa saber todo lo que ocurre en mi añorada Inglaterra.

-Majestad, en todo este tiempo que lleváis fuera, los abusos del príncipe y sus barones han hecho que proliferen de nuevo las revueltas. Incluso existe una banda de proscritos que ataca constantemente a los intereses de vuestro hermano. Se oculta en el bosque de Sherwood y el jefe es conocido como Robin Hood.

-¿Robin Hood? ¿No será Robin Fitzwalter? -preguntó el rey extrañado.

-Creo que es él, señor.

-¡El hijo del conde de Sherwood! ¡El amigo de Richard At Lea! ¡Dos caballeros de gran lealtad hacia mi persona! ¿Qué puede haber ocurrido para que Robin esté actuando fuera de la ley?

-La ley, señor, ha dejado de existir en Inglaterra. Lo único que importa es el interés personal del príncipe y sus hombres de confianza.

-Sir Kenneth, nadie debe saber que he sido liberado. Regresaré a Inglaterra de incógnito para conocer por mí mismo lo que está ocurriendo.

-Me parece una sabia decisión, majestad. Os acompañaré.

-Gracias, amigo. Pero vos iréis a Escocia y seréis coronado rey. Tal vez necesite de vuestra ayuda.

-Podéis contar conmigo para lo que preciséis en todo momento, señor.

Los dos amigos se despidieron fundiéndose en un fuerte abrazo. Muy pronto, cada uno de ellos estaría en su respectivo país.

CAPÍTULO DIEZ

MARIANA

Había pasado mucho tiempo desde que Mariana At Lea fuera trasladada al castillo de Hugo de Reinault. Ella no había sabido nada de la visita de Robin. Sólo sabía que su padre había ido a Tierra Santa y que, en la actualidad, el señor de Reinault era su tutor.

Aunque no gozaba de sus simpatías, Mariana pensaba que si su padre había confiado en él, tendría razones para ello. Por eso se limitó a esperar. Pasaba sus días leyendo y realizando alguna labor, recluida en sus aposentos, sin contacto con nadie.

Una tarde, el señor Hugo de Reinault subió a verla y le dio la triste noticia de que el barco de su padre había naufragado. Nada se sabía de él.

Mariana enjugó sus lágrimas y recibió el pésame del señor de Reinault.

-Gracias, señor. Sé que apreciabais a mi padre. Él también os quería y confiaba mucho en vos.

Hugo de Reinault creyó conveniente aprovechar la oportunidad para hablar con Mariana de su futuro. La joven estaba a punto de ser mayor de edad y, cuando esto sucediera, él perdená la ocasión de poder influir en sus decisiones y seguir administrando sus bienes.

-Querida Mariana, ya sé cómo os sentís. Pero tenéis que reponeros. La vida sigue. Debéis ir pensando en casaros. . .

-¿Casarme? No pienso hacerlo de momento. Además, en los documentos que me habéis mostrado, mi padre pedía que yo ingresara en un convento hasta que él volviera.

-Vuestro padre no volverá, Mariana... Bueno, es improbable que vuelva. Yo soy vuestro tutor y, entre mis obligaciones, entiendo que está el preocuparme por vuestro futuro.

-Gracias, señor de Reinault. Pero, por ahora, el matrimonio no entra en mis planes -dijo Mariana con gran seguridad.

"Ya haré yo que cambies esos planes, joven estúpida" -se fue pensando el ambicioso caballero.

Hugo de Reinault tenía ya todo decidido en relación con Mariana. La casaría con el señor Ralph de Bellamy, barón adepto a Juan sin Tierra.

Pocos días después de producirse la conversación con la joven At Lea, Hugo visitaba al barón de Bellamy en su castillo y le comunicaba sus proyectos.

Ralph de Bellamy, tan codicioso como su amigo, consideró que era una magnífica oportunidad para negociar las condiciones de este interesante ofrecimiento. No estaba dispuesto a aceptar una esposa sin obtener unos buenos beneficios. Además, las propiedades y bienes de los At Lea no eran nada despreciables.

Tras un largo regateo, como si de una mera transacción comercial se tratara, los dos caballeros llegaron, por fin, a un acuerdo. Ralph de Bellamy recibiría dos tercios del patrimonio de la joven. El otro tercio quedaría en manos de Hugo.

Por su parte, Ralph de Bellamy quedaba comprometido a colaborar, con un gran número de hombres armados, en la nueva expedición al bosque de Sherwood que estaban preparando los hermanos Reinault y Guy de Gisborne.

A pesar del gran sigilo con que fueron llevadas estas negociaciones, Robin, que tenía amigos dispuestos a informarle por todas partes, consiguió enterarse de lo que se tramaba. Sólo tenía que esperar a entrar en acción para salvar a Mariana y dar su merecido a esos caballeros sin escrúpulos que actuaban como auténticos bribones.

Hugo de Reinault decidió que fuera Guy de Gisborne el encargado de trasladar a Mariana hasta el castillo de Ralph de Bellamy, donde se celebraría el matrimonio. Irían protegidos por una fuerte escolta. Todo había de hacerse con rapidez, ya que faltaban apenas dos meses para que la joven llegara a su mayoría de edad. Nada podia fallar.

Llegó el día señalado, y Guy de Gisborne y Hugo de Reinault entraron en las dependencias reservadas a la joven.

-Marian y, hoy iréis a conocer a vuestro pretendiente: el barón Ralph de Bellamy

-iCómo? ¿El señor de Bellamy? -preguntó incrédula-.Nunca será mi esposo. No me interesa conocerlo. Su fama en toda la comarca es suficiente pares mí. No quiero casarme, ¡y menos con ese cruel caballero! Ingresaré en un convento. Ése es mi deseo.

-Os casaréis con Ralph de Bellamy, queráis o no queráis -gritó con violencia el señor de Reinault.

-Vamos, Mariana- intervino Guy de Gisborne-. Yo os conduciré al castillo de vuestro prometido. Conmigo estaréis a salvo.

-La bodas se celebrará dentro de tres días -anunció Hugo de Reinault-. Yo saldré mañana. Seré vuestro padrino, como me corresponde.

Mariana no pudo oponerse más. Se vio obligada a obedecer. En ese momento entendió quién era en realidad el señor de Reinault Su amistad con Guy de Gisbome despejaba cualquier duda Éste siempre había sido un claro partidario del príncipe Juan. Seguramente, su padre desconocía este importante detalle. Ahora estaba segura de que ese caballero estaba implicado también en su muerte.

Mariana era conducida sin remedio a casarse con un miembro de este grupo. Para ella era terrible por lo que significaba de traición a su padre y al legítimo rty de Inglaterra, Ricardo Corazón de León.

Comenzaba ya a atardecer cuando la comitiva de Guy de Gisbome se vio interceptada por un grupo de hombres. El caballero dio orden de retroceder hasta la aldea que acababan de dejar atrás. Unos metros más allá, otro grupo, encabezado por Robin Hood, le aguardaba Lleno de furia se dirigió, lanza en ristre y a todo galope, contra él. Robin esquivó la embestida y Guy de Gisbome rodó por el suelo. Se incorporó con rapidez y, empuñando su espada, se acercó con paso decidido hasta el héroe de Sherwood. Robin le esperaba pacientemente blandiendo su poderosa arma.

El duelo fue un verdadero espectáculo para todos los presentes. Ambos eran hábiles y valientes luchadores y utilizaron todos sus recursos.

Guy de Gisborne combatía en mejores condiciones, ya que su armadura lo hacía prácticamente invulnerable. Pero, precisamente, de esto logró sacar partido Robin. Él estaba más desprotegido, pero tenía mayor libertad de movimientos. Con su gran destreza consiguió acertar con su espada en los escasos flancos sin guarecer que presentaba su enemigo.

Robin hirió gravemente a Guy de Gisborne. ÉI, en cambio, sólo sufrió pequeños rasguños.

Cuando los hombres de Gisborne vieron a su jefe tendido en el suelo y con heridas tan considerables, lo recogieron y emprendieron la huida, sin ocuparse de Mariana At Lea, principal objetivo de su misión.

Mariana, después de tanto tiempo, no había reconocido a Robin durante el combate. Grande fue su sorpresa al reconocer al amigo de su infancia en aquel paraje.

Los dos se abrazaron con cariño y se encaminaron a Sherwood. Allí tuvieron una larguísima conversación. Los jóvenes se contaron todo lo que sabían sobre los sucesos ocurridos en el país durante los últimos años y se confesaron sus sospechas y certezas.

Mariana se quedó a vivir en el bosque de Sherwood. Empezó a ayudar al padre Tuck. En poco tiempo se ganó el corazón de los niños y de todos los allí refugiados.

CAPÍTULO ONCE

UNA DOBLE LIBERACION

Robin y Mariana aprovechaban los ratos libres para pasear por el bosque, a pie o a caballo, y disfrutar de las maravillas de la naturaleza. Mariana también practicaba con el arco y logró convertirse en una experta tiradora. Pero una noticia vino a cambiar la tranquilidad de Sherwood.

Una persona de la ciudad de Nottingham vino a informar a Robin de que se preparaba un nuevo ataque contra él. La expedición estaba organizada por los hermanos Reinault y en ella participarían Ralph de Bellamy, el frustrado pretendiente de Mariana, y Guy de Gisborne, ya restablecido de sus heridas.

Robin hizo sonar inmediatamente el cuerno de caza con el que convocaba a sus hombres bajo el roble centenario. Era necesario que conocieran detalles sobre esta ofensiva. Sabía que esta vez sus enemigos prepararían a conciencia la incursión en Sherwood. Ellos tendrían que organizarse y repeler la agresión. Estaba claro que los atacantes no habrían olvidado las numerosas humillaciones y querrían vengarse de una vez por todas. Robin y los suyos sabían que la situación era delicada.

Robin decidió que uno de los suyos debería infiltrarse en el castillo de Hugo de Reinault para obtener información de primera mano. El elegido para esta misión fue Much, hombre de absoluta confianza de Robin y que, por su aspecto, bien podná hacerse pasar por sirviente en la casa del noble.

Much llegó a la ciudad y se presentó en el castillo del señor de Reinault bajo el pretexto de ser sobrino de uno de los cocineros, que a la sazón se encontraba realizando compras en una feria cercana. Todo salió a la perfección y Much consiguió llegar hasta las cocinas del caballero sin obstáculo alguno.

El impostor se movió sin problemas por el castillo. Entabló conversación con todos los sirvientes y logró sonsacarles valiosos datos. Además, tuvo la gran suerte de ser el encargado de retirar la vajilla de la cena de gala que ofrecía Hugo de Reinault aquella noche a sus distinguidos invitados.

Aunque Much sólo podía oír retazos de conversación, los datos que obtenía eran una preciosa información para él y los suyos.

-Yo aportaré cien hombres -dijo el señor de Bellamy.

-Yo, unos noventa -añadió Robert de Reinault.

Much entraba y salía. Tenía que actuar con cautela para no dar lugar a ninguna sospecha que pudiera dar al traste con sus planes. Estaba retirando las copas, cuando oyó el plan que exponía el señor Hugo de Reinault a sus amigos.

-Dividiremos el bosque en distintas zonas. Cada grupo de hombres realizará la batida en la parte que le corresponde. Todos nos encontraremos posteriormente en lo más intrincado del bosque, donde se supone que Robin Hood tiene su campamento. Así, quedará completamente rodeado.

Mientras Guy de Gisborne oía con atención a Hugo de Reinault, reparó en la presencia de Much, que en ese momento seguía retirando las copas de vino de la mesa.

"¿A quién me recuerda este criado?" -pensó el caballero-. "¡Ya lo tengo! ¡Es él! Es uno de los hombres de Robin. Lo recuerdo con claridad. Estaba allí el día de nuestro duelo. Lo recuerdo por su pequeña estatura. Es inconfundiblé".

Guy de Gisborne tomó uná rápida decisión. Aprovechó la salida de Much para llamar a los dos centinelas apostados en la puerta de la sala, a los que murmuró unas palabras al oído. Much volvió con unas grandes fuentes de fruta y las dispuso sobre la mesa. Después abandonó la sala dispuesto a huir del castillo. No quería tentar más a la suerte.

Cuando se disponía a atravesar las puertas del castillo, Much fue apresado y conducido ante la presencia de los caballeros.

-¡Un espía de Robin ante nuestros propios ojos! ¡No volverás a ver la luz, enano! -dijo con verdadero odio Guy de Gisborne.

Much, ensangrentado por la cruel paliza que recibió de unos y de otros, fue arrastrado a las lóbregas mazmorras del castillo. Allí, el carcelero lo arrojó de un empujón a una de las celdas.

Pasaron varias horas hasta que el desdichado Much recobró el sentido. Cuando sus ojos se acostumbraron a aquella oscuridad, pudo distinguir una silueta en un rincón. No podía saber de quién se trataba, pero al menos no estaba solo.

-¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué os han recluido? -preguntó Much.

-Soy Richard At Lea. Un día confié en el que creí que era un amigo. Le pedí ayuda y fui traicionado. Desde ese día me pudro en sus cárceles. No recuerdo ya ni la fecha en que eso ocurrió.

Much no podía creer lo que estaba oyendo. Muy nervioso, tartamudeando, explicó al anciano que era amigo de Robin. Tuvo que ponerle también al corriente de que el heredero del conde de Sherwood había tenido que refugiarse en el bosque huyendo de los secuaces del príncipe Juan. También le tranquilizó sobre la suerte de su querida hija, que se hallaba a salvo, junto a Robin.

El pobre Richard At Lea no pudo contener las lágrimas al oír aquellos nombres y aquellas penosas circunstancias. Pero por tristes que fueran aquellas noticias, las prefería al terrible aislamiento al que éstaba sometido.

-Nunca saldremos de aquí -dijo Richard al que consideraba ya un auténtico confidente y amigo.

-No debemos perder la esperanza, señor -contestó Much intentando mostrarse animado.

Mientras tanto, Robin ya había sido informado de que el leal Much había caído prisionero en el castillo de Hugo de Reinault. Preocupado, convocó con urgencia a todos sus hombres.

Robin expuso los hechos, así como su decisión de asaltar el castillo del señor de Reinault. Era la única forma de liberar a Much y, a la vez, intentar frenar el ataque que se preparaba contra ellos.

-Robin, nunca he dicho a nadie que conozco muy bien ese castillo -dijo uno de sus hombres-. Trabajé en él como albañil y cerrajero durante su construcción. Su anterior propietario mandó realizar un pasadizo secreto desde los sótanos hasta una casa situada a unas leguas. Esa casa es hoy un molino. Sus dueños ignoran todo esto. Debemos hallar una fórmula para alejar de allí al molinero y su familia. Yo os conduciré hasta las celdas.

Se preparó minuciosamente la arriesgada operación. Tres de ellos, haciéndose pasar por mercaderes, llegaron al molino y pidieron que les dejaran descansar antes de proseguir su largo viaje. Fue tal la hospitalidad brindada por aquellas gentes, que los falsos mercaderes les invitaron a distraerse un poco en una taberna próxima.

Robin, el cerrajero y cuatro hombres más se internaron en el pasadizo. Cubrieron la larga distancia que separaba el molino del castillo, hasta llegar ante una puerta que el hábil cerrajero forzó con una ganzúa. La herrumbrosa cerradura saltó y se encontraron junto a la antesala de las mazmorras. Allí dormía el carcelero ajeno a todo. Rápidamente lo ataron y amordazaron. Le arrebataron el manojo de llaves de las celdas y, con gran sigilo, las fueron recorriendo hasta localizar al desdichado Much.

El prisionero estaba tan débil que no podía andar por sí mismo. Robin lo sujetó con sus brazos y Much, antes de perder el sentido, pudo decir a su jefe con un hilo de voz:

-Ocúpate de mi compañero de celda. Te sorprenderás.

El anciano al que liberaron tampoco podía dar un paso por sí solo. Cargaron con él y recorrieron de vuelta el largo pasadizo.

Much recuperó la consciencia y explicó a su jefe quién era el anciano caballero.

Llegaron a Sherwood. Robin se adelantó para anunciar a su amiga la feliz noticia. Mariana, sin poder contener el llanto, se acerró a su padre. Los dos, entre lágrimas, se fundieron en un gran abrazo. Fue la escena más conmovedora que se había vivido en Sherwood.

CAPÍTULO DOCE

EL RAPTO DE MARIANA

Pasaron varios meses hasta que Richard At Lea se restableció del desgaste sufrido en el cautiverio. Su hija y el padre Tuck desempeñaron un papel fundamental en su recuperación. Los años de encierro, en el reducido espacio de la celda, habían provocado en el caballero un debilitamiento tal de sus músculos, que le impedía andar. Poco a poco, gracias al tesón de Mariana y del fraile, Richard At Lea consiguió volver a caminar

Durante su recuperación, el noble caballero fue informado de todos los pormenores que habían arrastrado al hijo de su inolvidable amigo Edward Fitzwalter, así como al resto de las personas que lo respaldaban, a la situación de proscritos en la que se hallaban desde hacía tiempo.

A pesar de sus más profundas convicciones, Richard At Lea comprendió al joven Robin. Tal vez, él habría hecho lo mismo ante aquellos acontecimientos. Y más, como era el caso, si la fuerza de la juventud le hubiera hecho hervir la sangre ante las flagrantes injusticias.

Los días transcurrían tranquilos en Sherwood. Pero los enemigos de Robin Hood no descansaban. Habían abandonado el plan de la incursión en el bosque tras ser liberado Much. Esa acción, si fallaba el factor sorpresa, estaba condenada al fracaso.

-Señores, debemos emplear la astucia para capturar a Robin Hood. No debemos entrar en Sherwood, sino intentar que ese bandolero salga de allí -dijo Hugo de Reinault.

-Ha salido muchas veces y no hemos conseguido nada -dijo Ralph de Bellamy-. Debemos llevar a cabo nuestro proyecto.

-Escuchadme, caballeros. Tengo una idea que puede dar frutos. Como sabéis, Mariana vive ahora en ese bosque. Si logramos apoderamos de ella, él saldrá a buscarla y caerá en nuestras manos. Son amigos desde niños y tal vez lleguen a casarse pronto.

-Debemos evitarlo a toda costa -dijo De Bellamy indignado.

Así es, amigo -continuó Hugo de Reinault . Tengo a dos hombres que simularán unirse a la banda de Robin. Después de un tiempo, aprovecharán cualquier descuido para raptar a la joven y traerla hasta aquí. Robin atacará el castillo para intentar liberarla y nosotros podremos vencerlo. Todas nuestras fuerzas estarán concentradas aquí. ¡No fallaremos! Seremos más que ellos.

Todos los caballeros se convencieron del plan urdido por Hugo.

A los pocos días, los vigilantes de Robin encontraron, en uno de los caminos lindantes al bosque, a dos hombres tendidos en el suelo. Los recogieron y los llevaron ante el padre Tuck para que los reanimara Cuando se recobraron, los desconocidos contaron que habían sido torturados por hablar bien de Robin Hood.

-Aceptadnos en vuestra banda, señor -suplicaron los dos hombres-. El señor Robert de Reinault nos matará si volvemos.

Los desconocidos fueron aceptados. Se les advirtió que durante un mes estarían sometidos a vigilancia y, si su comportamiento era satisfactorio, acabarían siendo miembros de pleno derecho.

La conducta de los hombres durante ese tiempo fue intachable. Según lo previsto, dejaron de ser observados y comenzaron a moverse libremente por el campamento.

Un día que Mariana volvía con el padre Tuck de una aldea cercana de ver a un enfermo, los dos traidores se abalanzaron sobre ellos. Ataron y amordazaron al padre Tuck, y raptaron a Mariana

La traición produjo un gran dolor entre las gentes de Sherwood. Nunca les había sucedido nada igual. Pero estaba claro que los enemigos de Robin utilizarían cualquier arma contra él. Además, eran muy ricos y podían pagar a gente que actuara por dinero.

Robin reunió a todos sus hombres. Ya sabía que Mariana se hallaba en el castillo de Hugo de Reinault, como antes había sucedido con Much y Richard At Lea. Debían trazar minuciosamente el plan que les permitiera conseguir su liberación.

Estaban discutiendo cómo realizar el ataque al castillo, cuando los vigilantes advirtieron que un caballero se acercaba al galope.

A los pocos minutos, un misterioso caballero apareció ante ellos. Robin sujetó las bridas del caballo.

-¿Quién eres que te interpones en mi camino? -preguntó.

-¿Acaso no sabéis que en Sherwood no se puede entrar sin mi autorización? ¿Por qué habéis elegido este camino?

-¿Me encuentro frente a Robin Hood y los suyos? Me habían advertido sobre este peligro, pero deseaba conocerlos y conocer las razones que les han llevado a enfrentarse a los normandos.

-Pero vos lleváis escudo y armas normandas -dijo Robin, muy impresionado por la misteriosa figura y por la seguridad de su tono.

-Lo soy, joven. Pero no debes considerarme un enemigo por el momento. Deseo conocer los motivos que os han llevado a enfrentaros al príncipe Juan. Si me parecen razonables, podéis contar conmigo. Si no es así, os combatiré.

Durante algunas horas, Robin contó su historia al desconocido. Éste escuchó con gran atención y después pidió a Robin que le dejara descansar un rato para meditar su decisión.

-Os ayudaré -anunció el caballero poco después-. Vuestras razones me han convencido. Estoy a vuestras órdenes.

Todos aplaudieron calurosamente y Robin expuso el plan que había ideado para liberar a Mariana.

-Algunos entraremos en el castillo por el pasadizo secreto. Desde el sótano subiremos hasta la habitación en la que se encuentra Mariana, y Much será el encargado de ponerla a salvo. A continuación, haremos bajar el puente levadizo para que entréis en el castillo todos los demás. Debemos conseguir prender fuego al castillo y dispersar a todos los soldados. Sólo así viviremos tranquilos y en paz durante algún tiempo.

Esa misma noche iniciaron la arriesgada operación. Robin, Much y algunos hombres más entraron por el pasadizo hasta llegar a los sótanos del castillo. Pero el carcelero se puso a gritar y dio la voz de alarma. Lograron amordazarle y subieron al piso superior. Allí encontraron a cuatro guardias, alertados por las voces. Se inició un breve combate, suficiente para que los ruidos llegaran a oídos de Guy de Gisborne. Éste corrió a la habitación de Mariana y se encerró con ella dentro.

El contratiempo hizo que Robin tuviera que improvisar un nuevo plan. Dos hombres quedarían ante la puerta. Much trataría de alcanzar la ventana del aposento de Mariana para intentar entrar. Él y los demás hombres se dirigirían hasta el puente levadizo.

Al cruzar el patio, Robin y los suyos tuvieron que enfrentarse a veinte soldados bien armados. Los redujeron con bastante rapidez y comenzaron a hacer descender el puente para permitir la entrada de los demás. En ese mismo momento aparecieron ante ellos los hermanos Reinault y Ralph de Bellamy escoltados por un grupo de soldados. Todas las fuerzas del castillo estaban allí concentradas.

Se libró un encarnizado combate en el que murieron los tres caballeros y muchos de sus soldados. Otros emprendieron la huida ante el arrojo de Robin y sus hombres.

Faltaba ahora la liberación de Mariana. Se dirigieron hasta la estancia en la que Guy de Gisborne se mantenía pertrechado. A través de la puerta, Robin pidió al caballero su rendición.

-¡Dejadme salir o acabaré con Mariana! -dijo.

Pero, en ese momento, Robin era informado de que Much estaba a punto de introducirse en la habitación. Dio la orden de que lo hiciera justo cuando De Gisborne abriera la puerta.

-Está bien. Nada podemos hacer. Vos ganáis -dijo Robin.

Se abrió la puerta. Apareció De Gisborne escudado tras la joven. Entonces, Much hizo prisionero al cruel barón.

La alegría de todos fue inmensa. Pero entonces, De Gisborne se revolvió contra Much, y éste no tuvo más remedio que utilizar su espada. El caballero quedaba mortalmente herido.

CAPÍTULO TRECE

DÍAS DE ALE6RÍA EN EL BOSQUE DE SHERWOOD

EI asalto al castillo de Hugo de Reinault había sido un rotundo éxito. Una vez puestos en fuga sirvientes y soldados, los hombres de Robin cargaron con todo lo valioso que había dentro y provocaron el incendio de la fortaleza. Así no volvería a ser utilizada contra ellos por otros adeptos del príncipe Juan.

Había algo, no obstante, que asombraba a Robin. Cuando abandonaron el castillo en llamas, había buscado al misterioso caballero que se había unido a la arriesgada expedición. Ni rastro de él. Nadie recordaba haberlo visto en los últimos momentos.

La tranquilidad era absoluta en Sherwood; los principales enemigos de los allí refugiados habían sido eliminados. Aun así, Robin Hood y los suyos sabían que no podían bajar la guardia. Sin duda, el príncipe Juan, ayudado por otros barones fieles, seguiría cargando contra ellos.

Robin se preguntaba cuándo acabariá esa lucha sin cuartel. Cuándo podrían vivir en paz, sin tener que esconderse, sin ser considerados ciudadanos fuera de la ley.

Un buen día, Robin y los suyos recibieron una visita sorprendente. En medio de la espesura apareció el misterioso caballero del que nada habían vuelto a saber desde el asalto al castillo del señor de Reinault.

Tras el efusivo recibimiento del que fue objeto el noble visitante y sus muestras de sincero agradecimiento, se alejó con Robin hasta la cabaña de éste.

-Espero que hayas resuelto unirte a nosotros -dijo Robin.

-No es así exactamente, Robin. Escúchame ahora con mucha atención. Yo soy el rey Ricardo Corazón de León.

Robin quedó estupefacto al oír aquellas palabras. Hincó sus rodillas en el suelo y emocionado besó la mano de su añorado rey.

-Ahora soy yo el que necesita vuestra ayuda, Robin. Convoca a tus hombres.

Robin salió de su choza y llamó a los suyos. Al momento, todos rodearon a Robin y su acompañante.

Robin tomó la palabra y, conteniendo su excitación, dijo:

-Amigos, hoy es un gran día. El día más feliz de todos los que llevamos aquí. Tenéis ante vosotros al gran rey Ricardo.

La multitud estalló en aplausos. Los vítores a Ricardo I de Plantagenet parecían no tener fin. Las lágrimas en los rostros manifestaban el hondo sentir de todos los presentes.

-He tenido la oportunidad de comprobar lo que todos habéis sacrificado por mí y os aseguro que, cuando recupere mi trono, dejaréis de ser proscritos y se os restituirá lo que hayáis perdido. Ahora tengo que pediros un último favor: que me acompañéis a Londres a recuperar lo que me pertenece. El rey de Escocia está en camino y se unirá a nosotros allí. Yo iré con vosotros.

-Será un gran honor acompañaros, majestad -dijo Robin.

Al día siguiente, Robin Hood y sus hombres, con el rey Ricardo a la cabeza, emprendieron la marcha hacia Londres.

El príncipe Juan había sido advertido de que las tropas escocesas se acercaban a la ciudad. Todo estaba dispuesto para repeler la ofensiva del rey escocés David de Huntington, sir Kenneth.

Cuando los dos ejércitos estaban a punto de enfrentarse en combate, Juan sin Tierra observó que su retaguardia se veía amenazada por un numeroso grupo de hombres armados.

-Señor, es la banda de Robin Hood -dijo uno de los vigías.

-Nos dividiremos. Atacaremos a la vez en los dos frentes. Somos suficientes para obtener la victoria -dijo el príncipe Juan.

El gran ejército de Juan sin Tierra se separó en el acto, dispuesto a librar la batalla. Pero, apenas unos minutos después, el príncipe Juan observó que de las filas de los soldados de Sherwood se adelantaba un caballero perfectamente armado.

-¡Detened el combate! -gritó el extraño caballero.

-¿Por qué tenemos que obedecer esa orden? -preguntó indignado Juan sin Tierra.

-Porque soy el rey Ricardo. Vuestro hermano.

En ese momento, en medio de un silencio sepulcral, Ricardo Corazón de León desmontó de su caballo y, despojándose del casco, dejó al descubierto su inconfundible rostro.

Todos lanzaron vivas al rey, unidos en un único clamor que se elevaba hasta el cielo.

-Perdonadme, hermano -dijo el príncipe Juan-. Cómo iba yo a sospechar que vos. . . Pensé que se trataba de otro ataque de Robin Hood... Que el rey de Escocia lo apoyaba...

-¡Cuántos errores habéis cometido, Juan! Os dejé un reino en paz. Confié en vos... Me legáis un país insatisfecho, enfrentado. Desde este instante quedáis desterrado.

A Ricardo Corazón de León se le humedecieron los ojos. Se sentía decepcionado, traicionado por su propio hermano. Nunca debió dejar el reino en sus manos.

Juan sin Tierra, acompañado de un reducido séquito, partió hacia sus posesiones en Bretaña. Pensaba que ya nunca volvería a Inglaterra, que en ese momento terminaba su papel en la monarquía inglesa.

El rey Ricardo abrazó y felicitó a Robin y sir Kenneth, ya rey de Escocia. Con ellos y junto a hombres sajones, normandos y escoceses desfiló triunfal por las calles de Londres. Poco después abrazaba a su querida esposa y a la reina madre.

Todo el país festejó la vuelta de su rey. Ricardo Corazón de León proclamó la igualdad entre normandos y sajones, y reintegró sus bienes a los desposeídos. Los barones normandos aprobaron estas medidas, cansados ya de tantos años de lucha.

Robin Hood fue nombrado conde de Nottingham y le fue restituido el título y la herencia legados por su padre.

Los miembros de la banda de Robin volvieron a las tareas que un día tuvieron que abandonar en pos de la justicia y de una existencia pacífica. Algo que habían logrado, después de tanto tiempo, gracias a la vuelta del buen rey.

Richard At Lea y su hija Mariana, tras los sufrimientos pasados, volvían a vivir juntos y en paz en el castillo familiar. Los sucesos vividos perdurarían por siempre en su memoria.

Poco tiempo después, Robin planteaba a su querido Richard At Lea una importante cuestión:

-Señor, deseo pediros la mano de vuestra hija.

-Sólo el cielo sabe lo que siento al escuchar tu petición, hijo. Erais unos niños cuando tu padre y yo soñábamos con ello –dijo conmovido el anciano caballero abrazando a Robin.

Dos meses más tarde se celebró la boda de Mariana y Robin. La ceremonia fue oficiada por el emocionado padre Tuck. Asistieron el rey y su esposa Berengaria, la reina madre, el rey de Escocia y su esposa, los principales barones ingleses y todos los miembros de la banda de Sherwood.

El rey Ricardo aprovechó la ocasión para recordar la importancia de las acciones llevadas a cabo por aquellos hombres y mujeres, y volvió a reiterar públicamente su reconocimiento.

La alegría reinó durante los tres días que duró el banquete. Los invitados brindaron por la felicidad de los recién desposados, a los que todos querían como a sus propios hijos.

CAPÍTULO CATORCE

LA ÚLTIMA FLECHA DE ROBIN

El rey Ricardo nombró consejero de la corona a Robin Hood. Muy pronto necesitó oír sus opiniones sobre un grave asunto: una posible declaración de guerra a Francia. El rey francés no cesaba en sus instigaciones, y el buen rey inglés había presentado ya una protesta formal en la corte francesa. Si Felipe de Francia se disculpaba, el asunto quedaría olvidado. Si no era así, Ricardo Corazón de León, por dignidad personal y de su monarquía, no tendná más remedio que luchar contra el país vecino.

Las gestiones diplomáticas ante el rey Felipe fracasaron y Ricardo I se vio en la obligación de declararle la guerra.

Robin quería acompañar a su rey en aquella campaña. Pero el rey no aceptó el ofrecimiento.

-Permaneceréis aquí, Robin. Mi esposa será la regente, y vos, su consejero más cercano. Necesito que me proporcionéis todos los hombres que podáis para nutrir mi ejército.

-Lo que ordenéis, majestad.

Pocos días después, Ricardo Corazón de León partía hacia Francia. Aquella guerra inspiraba a Robin muchos temores. Sentía miedo por la vida del rey de Inglaterra.

Las primeras noticias sobre la campaña fueron esperanzadoras. Se cosecharon grandes victorias. Las tropas inglesas estaban eufóricas. En Inglaterra, la alegría era desbordante.

Pero los avatares del destino hicieron que una flecha hiriera mortalmente al rey Ricardo en el asalto a una fortaleza. Los soldados ingleses retiraron el cuerpo de su rey del campo de batalla y emprendieron la retirada. La trágica noticia sumió en el más profundo dolor a todo el pueblo de Inglaterra.

Tras los funerales del rey Ricardo, se reunió el consejo de la corona. La línea dinástica tenía continuidad en el hermano del rey, en Juan sin Tierra, ya que Ricardo I no había tenido descendencia. A pesar de las pocas simpatías con las que contaba el príncipe Juan dentro del consejo, ninguno de sus miembros manifestó voluntad por cambiar el orden sucesorio. Así, Juan sin Tierra fue proclamado rey de Inglaterra.

La primera medida del nuevo rey fue cesar de forma fulminante a todos los miembros del consejo de la corona. Precisamente a aquellos hombres que, por lealtad a la monarquía, lo habían entronizado. Éstos fueron sustituidos por sus amigos más íntimos.

Apenas un mes después de su coronación, Juan sin Tierra abolía todos los privilegios y libertades decretados por su hermano. Deseaba un poder sin límites.

Esto provocó fuertes protestas. La mayoría de los nobles se rebeló contra las medidas del rey, quien sólo favorecía a sus adeptos más cercanos.

A causa de las revueltas y para que fuera acatada su autoridad, el nuevo rey decidió confiscar los feudos de la nobleza y publicar una larga lista de proscritos. Entre ellos se encontraba, por supuesto, el conde de Nottingham.

-Tendremos que volver a Sherwood, Mariana -dijo Robin.

El bosque de Sherwood volvió a convertirse en un lugar de encuentro para los descontentos con el poder autoritario de Juan sin Tierra. Pero en esta ocasión, Robin Hood fue seguido no sólo por campesinos, artesanos y servidores, sino por un gran número de caballeros, tanto sajones como normandos.

El acoso a los refugiados en Sherwood volvió a ser la principal ocupación de Juan sin Tierra. De la misma forma, Robin Hood tuvo que volver a organizar su banda, ahora bien numerosa, para repeler los continuos ataques enemigos.

Pero el rey Juan y sus seguidores tenían a Robin en el punto de mira. Pensaban que si acababan con él, acabarían con la mitad de los problemas.

Un día llegaron al bosque dos buhoneros. Entre sus variadas mercancías había preciosas telas. Los vigilantes realizaron el estricto control acostumbrado y no encontraron nada sospechoso. Sabían que las mujeres tenían problemas para adquirir tejidos con los que confeccionar sus ropas, así que los dejaron pasar Pensaron, sobre todo, en lo feliz que se pondría Mariana.

Y así fue. Mariana y el resto de las mujeres de Sherwood rodearon a los buhoneros que mostraban aquellas maravillosas telas y las extendían sobre otros valiosos objetos.

De repente, uno de los mercaderes tomó en sus manos una cimitarra artísticamente labrada. Todos admiraban la extraña arma oriental cuando, en un santiamén, el desconocido la desenfundó y la clavó varias veces en el cuerpo de Mariana. Ésta cayó al suelo mortalmente herida.

El pánico cundió entre todos los presentes. Los que pudieron entrar en acción persiguieron al buhonero que echó a correr por la espesuna. Robin acudió en primer lugar a auxiliar a su esposa y, al ver el estado en el que se encontnaba, decidió ir tras el asesino. Lo alcanzó con una de sus flechas cuando estaba acurrucado bajo un árbol. La flecha atravesó el hombro del buhonero y lo dejó clavado al tronco. Allí lo capturaron. Robin miró su cara y lo reconoció de inmediato: era John de Bellamy el hermano de Ralph.

Todo Sherwood veló esa noche el cadáver de Mariana. Robin, arrodillado ante su esposa, no paraba de llorar No había consuelo para él.

Al día siguiente, Mariana recibió cristiana sepultura. El padre Tuck fue el encargado de realizar el oficio religioso, como lo había hecho también en la ceremonia de su boda. El dolor y la consternación de los proscritos de Sherwood era inmensa.

Tras el triste acontecimiento, algunos de los hombres de Robin trasladaron a los dos prisioneros hasta el pie de la muralla del castillo de Ralph de Bellamy donde, desde la muerte de éste, vivía John. Allí, los dos falsos buhoneros fueron ahorcados.

Desde aquel funesto día, Robin no volvió a ser el mismo. La melancolía que inundaba su alma se apoderó también de su cuerpo. Estaba tan débil, que su fiel Johnny le propuso acompañarle hasta algún lugar donde pudiera descansar.

Robin aceptó pedir cobijo a su tía Margaret, abadesa de un monasterio. En aquel lugar estaría seguro y podría recuperar su salud. Aunque el dolor que sentía en el alma fuera incurable.

En las jornadas que duró el viaje, Robin agotó sus escasas fuerzas. A partir de ahí quedó postrado en el lecho de una celda, vigilado día y noche por su leal amigo. De nada sirvieron las pócimas que le fueron administradas. Su estado no mejoraba.

Un día llegó a las puertas del monasterio un médico que pidió posada para pasar la noche. La tía de Robin le rogó que visitara a su sobrino, que se hallaba inconsciente desde hacía varios días.

El desconocido, al ver al enfermo, aseguró que el único remedio para acabar con su mal era efectuar una sangría.

La abadesa y Johnny aceptaron el consejo del médico, sin sospechar que éste era un enviado del rey para acabar con Robin.

Así, el falso médico realizó la sangría, pero no vendó con fuerza la herida del brazo y el enfermo fue desangrándose lentamente.

Media hora más tarde, Robin, como en sueños, pidió a su amigo que le incorporara en el lecho y le acercara su arco y sus flechas. Johnny obedeció sin poder contener las lágrimas.

-Amigo mío, voy a reunirme con mi dulce Mariana -decía Robin con un hilo de voz-. Entiérrame donde caiga esta flecha.

Y con un gran esfuerzo, Robin tensó el arco y disparó su última flecha, Ésta salió a través de la ventana de la celda y fue a clavarse en el prado que rodeaba el monasterio.

Johnny llorró horas y horas la muerte de su amigo. Después cavó la fosa en el lugar en el que había caído la flecha y lo enterró.

Así acabó sus días Robert Fitzwalter, conocido como Robin Hood, héroe de los proscritos del bosque de Sherwood.

Nota sobre la obra

ROBIN HOOD

Las hazañas de Robin Hood se narran en una serie de baladas que fueron transmitiéndose de forma oral, durante siglos y siglos.

La *balada* es el género medieval de la literatura inglesa equivalente a los romances de nuestra literatura. En ellas se contaban las distintas aventuras de un héroe.

Las baladas son anónimas y fueron concebidas para ser cantadas o recitadas por los juglares. Por eso, debido a la transmisión oral y a la intervención de numerosos juglares, las baladas presentan diversas versiones sobre un mismo hecho.

En el caso de Robin Hood, sus hazañas se narran en más de treinta baladas. Éstas fueron recogidas en un verdadero poema épico: *The gest of Robin Hood.* La obra, impresa alrededor del año 1500, agrupa los distintos episodios sobre la vida del héroe.

A lo largo del tiempo, las andanzas de Robin Hood han inspirado obras literarias -como es el caso de *Ivanhoe* (I8I9), de Walter Scott.

Asimismo, la vida del héroe de Shervvood ha sido llevada al cine. Robin Hood ha sido protagonista de numerosas películas, algunas de ellas de dibujos animados.

A este personaje también se le conoce en España con el nombre de Robin de los Bosques.